

LA PRIMAVERA.

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA.

Se suscribe á 4 reales al mes en la librería de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12; y á 15 reales trimestre fuera de Gerona; cuyo importe los señores suscritores de fuera se servirán librar anticipado al Sr. Administrador de LA PRIMAVERA por medio de sellos de franqueo.

LA COQUETERÍA.

Confesemos nosotros los del sexo feo que somos con harta frecuencia muy injustos con la muger; que nos dejamos llevar de nuestra vanidosa preponderancia, y que realizamos con demasiada crueldad lo que malamente se ha dado en llamar derecho del mas fuerte.

¡La coquetería! Guerra á la coquetería. ¿Vé V., amigo mio, esa linda muchacha de ojos negros, un poco lánguida y *spirituelle*, cómo mueve la cabeza, cómo maneja su abanico, con qué gracia da movimiento á todo su cuerpo? Pues, es una coqueta. ¡Uf! Vámonos de aquí que me apesta esa jóven. Hola: ¿pues no le hacia antes gracia? Si, y mucha. ¿Porqué no ahora?—Porqué me ha dicho V. que es coqueta.

¡Cuán débiles son los hombres! ¿Y se han hecho VV. cargo de lo que es la coquetería? Pues no es mas que el deseo de agradar; es la mas alta espresion del sentimiento de sociabilidad. Y antes de juzgar el hombre á la muger ¿se ha observado á sí mismo? ¿Ha estudiado á todos los seres organizados de la naturaleza y á la naturaleza misma? Estoy por dudarlo.

La belleza no tanto está en los objetos como en las relaciones que los unen á nuestros sentimientos; pero no hay ser creado que continúe ó temporalmente no afecte cierta armonía, cierta relacion en sí mismo ó con res-

pecto á otros seres que causa en nosotros una sensacion agradable, alegre, que nos arroba y nos hace exclamar: ¡Cuán hermoso es! Esa primavera, ese desarrollo armónico de la naturaleza, esos suaves perfumes que exhalan las flores, esos vivos colores que ostentan las plantas, esas mismas rocas, seres impasibles al parecer, esos melodiosos trinos de las aves, toda esa nueva y magestuosa decoracion que en esa estacion se nos presenta ¿qué es sino un enérgico lenguaje de la coqueta naturaleza? ¿Para qué habia de ostentar su potencia y sus galas si no tuviese á quien agradar? Agoviada en el feo invierno por esos pesados nubarrones que la oprimen, viene un dia en que á fuerza de lucha los arroja de sí, y se presenta radiante á los ojos de los mortales que la contemplan extasiados y corriendo á disfrutar de sus favores. ¿Y cuál es la exclamacion que sale de todos los lábios? ¡Qué bello es un dia sereno en invierno! Y la naturaleza toda parece que se pavonea á esta exclamacion. ¿Adivinais por qué?... ¿Veis ese arrogante caballo que montado por su elegante ginete caracolea y mueve su cabeza, y lanza sus manos, y se encabrita, y se ladea especialmente cuando conoce que le observan? ¿Qué hace mas que coquetear? ¿Veis ese Halí, ese Chalin, ese animal, modelo de fidelidad, el perro, cómo halaga á su sensible ama, cómo la lame, cómo la prodiga fiestas y caricias, bate la cola, se tuerce, baja la ca-

beza, salta, brinca y ladra? Pues coquetéa. ¿Habeis domesticado algun canario? Hacedle, pues, una caricia y, aunque no se la bagais, con tal que os vea, observadle como abre su piquito, cómo estiende y hace vibrar sus alitas, cómo os llama y se revuelve y se contornea por su prision. ¿Por qué? Lleguémonos al hombre. ¿Qué es lo que se propone en todas sus operaciones sino agradar? El que quiere con sus inmortales escritos alcanzar una fama póstuma; el poeta que canta las glorias de un héroe, el espectáculo de la naturaleza, que sublima hasta los objetos mas groseros; el pintor, el escultor, el arquitecto, el músico; ¿por qué con sus magníficas creaciones ó por sus imitaciones daguerreotípicas aspiran á escitar agradablemente nuestra sensibilidad? ¿Cuál es, en fin, el objeto de ese grande arte la estética? Los griegos, los romanos y nuestros godos, cada uno á su manera procuraban elevar á su mayor altura las bellas artes, la estética, no con otro objeto que el de agradar, y por medio de la belleza hacerse inmortales. Destiérrese del mundo esa aspiracion, y véase si queda nada de lo que forma el embeleso de la sociedad. El primer paso para la sabiduría es el gusto; y para que este se verifique es preciso que haya un sér que lo escite y otro que lo sienta. ¡La música! Arte divino, inspiracion sublime que conmueve el corazon de todo hombre sensible, que modifica nuestros instintos, que nos encanta y nos extasia.... ¿No es cierto todo eso? Pues ya teneis cumplido el grande objeto de los Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi, de todos esos géneos privilegiados, gracias á su coquetería. Y acabemos. ¿Qué hacemos todos jóvenes y viejos, pobres y ricos? Hay un baile, queremos ir al teatro en un dia de lucida concurrencia; y nos afeitamos, nó por la mañana, sino cerca, muy cerca de la hora en que ha de principiarse la funcion, sacamos todo lo mejor del tabaquete, lo limpiamos y cepillamos, con mas esmero. ¿Soy calvo? me mando hacer una peluca. ¿Soy cano? me tiño el pelo, me retuerzo el bigote y gasto una barrita de cera mustache; que me traigan la mejor pomada; el guante sobre todo que venga bien ajustado. Que viene un amigo á buscarme. —Chico ¡que lechuguino te has puesto! ¡que bien te para ese frach. —Mirame bien, veas ¿voy ele-

gante? tengo aprension de que este pantalon no está hecho de última moda ¿qué te parece?—Ya estamos en el salon, ó en el teatro: por cierto que está bellisimamente concurrido. Por una casualidad, solo por una casualidad, dirige una bella sus fascinadoras miradas á mi compañero, y ya tiene V. dos hombres alborotados y en movimiento continuo; mi compañero acaricia su bigotes, mueve los ojos, frunce suavemente los labios para darles la forma de una graciosa sonrisa, se estrecha el frach, se atufa el pelo y devuelve sus miradas á la ninfa con la mas estudiada gracia que le ha inspirado su talento. ¿Y yo, yo qué hago? Rabio de envidia; me palpo por cerciorarme si en mi cara, ó en mi vestido hay algo que aleje las miradas de la hermosa; y si tuviese allí un espejo, aun me miraria en él á hurtadillas. Por mas que hago, la Cloris no me mira, pasea sus ojos por todo aquel hermoso recinto, y ya los fija allá ya acullá, á todo menos sobre mi... ¡Coqueta! Ya la he bautizado y quedo satisfecho. ¿Y yo que soy? Ahí tiene V. la justicia de los hombres. — Querer atribuir solo á la mujer como un defecto la que es propiedad de todos los seres, es la mas atroz de las injusticias ¡Pobre muger! Siempre sujeta al poder del mas fuerte, á quien solo puede vencer con su amabilidad y sus lágrimas, únicas armas que posee, no para herir, sino para agradar, para ablandar la aspereza de su dueño que es uno de los grandes méritos que le toca contraer; y aun se las quieren arrebatarse. Y si degraciadamente hay alguna de ellas que no sepa coquetear, que sea de las de *tanto se me dá*; vereis los hombres cómo la desprecian y se alejan de ella diciendo: es muy sosa, no tiene maldita la gracia. — ¡Justicia de los hombres!

Por último, ¿cuál es la razon de la coquetería? ¿cuál su principio filosófico? Ya lo hemos dicho: el sentimiento de sociabilidad. — Todo hombre, toda muger nace con ese sentimiento, cuyo germen va desarrollándose á proporcion que va abriendo los ojos de la razon y sintiendo las necesidades que le estimulan de continuo. Estas necesidades que ponen el sello á su naturaleza, tienen de precision su lenguaje del que no podemos separarnos para expresar nuestros afectos, que es otra necesidad. Nuestra endeblez encarnada en nuestra orga-

nización así física como intelectual, nuestro sentimiento religioso y moral son otros tantos móviles que se agrupan al de sociabilidad para conservar nuestra vida auxiliando á los demás. Pues, ¿cómo se desplegarían esos sentimientos, cómo interesaríamos á nuestros semejantes, para que nos serviría el prodigio del lenguaje, la palabra, si no tuviésemos un recurso para llamar su atención agradablemente? El amor espiraría en nosotros mismos, se secaría nuestro corazón si no hubiese un medio de comunicación, un medio de interesar á los demás en nuestros afectos, en nuestras satisfacciones y placeres como en nuestras desgracias, y este medio, único, es la *coquetería*. Quítesenos la necesidad de agradarnos mutuamente y todo desaparece, y todo queda en el caos y la tierra toda se convierte en un vasto cementerio.

No, señor, que la coquetería es la inconstancia, es la volubilidad; y la muger á quien llamamos coqueta es el tipo de la inconstancia.—Y yo os digo: esa volubilidad, de que vosotros sois la principal causa, y de la que sois eminentes profesores, es uno de sus recursos que vosotros le habeis abierto. ¿De qué os quejáis, pues? La muger es perfecta imitadora. Hacedos vosotros buenos, y ella será mejor.—Esta ingenuidad me va á atraer terribles maldiciones de los hombres y la gratitud de las mugeres. Prefiero que sea así porque soy muy amigo del bello sexo, por lo mismo que es bello.

Francisco Castelví y Pallarés.

Hallándose aun en Barcelona los Sermos. SS. Duques de Montpensier, insertamos á continuación la poesía que se les ha ofrecido en nombre de Barcelona. Presentada á SS. AA. por el Excmo. Ayuntamiento, en el gran concierto que tuvo lugar en la casa Lonja, la aceptaron con vivas muestras de aprecio preguntando en el acto el nombre del autor, repartiéndose en seguida con profusión á las personas convidadas. Dicha poesía es obra del esclarecido cronista de Barcelona D. Víctor Balaguer, que la escribió por encargo del Excmo. Ayuntamiento de la misma: formando parte el Sr. Balaguer de la comitiva que acompañó á los Sermos. SS. Duques en la escursión al Monasterio de Montserrat, diéronle SS. AA. las más expresivas

gracias como autor de la poesía, recibiendo de los augustos personajes muchas pruebas de aprecio y benevolencia como autor de la obra titulada Guia de Montserrat y de sus cuevas; mereciendo que el Sr. Duque le invitase para acompañarle á recorrer minuciosamente la montaña; habiéndolo hecho posteriormente para la expedición á las villas de Sabadell y Tarrasa. Felicitamos sinceramente al distinguido escritor catalán y cronista de la ciudad condal, y al emitir nuestro concepto acerca de la composición que vamos á insertar, diremos que escrita en un género severo, cautiva y halaga al oído, recordando en sus cortos límites las antiguas glorias barcelonesas y todo lo noble y rico que en otro tiempo encerró.

A SS. AA. RR.

LOS SERMOS. SRES. DUQUES DE MONTPENSIER,

LA CIUDAD DE BARCELONA.

Allá, en vuestra niñez cuando os contaban hechos ilustres de valor y gloria,
y os hablaban de honor y de virtudes,
y os narraban hazañas portentosas,
¿no os citaron jamás el nombre escelso
de una ciudad heroica y famosa?

Fué aquella gran ciudad. Sus gules barras
ondeaban en las playas más remotas,
orgullosas cruzaban sus galeras
del mar azul las espumantes olas,
y tributo prestábanla sumisas
las indomables africanas costas.
Si la señora de sus condes-reyes
era acatada en las regiones todas,
de sus leyes y códigos ilustres
reinos lejanos se llevaban copia.
Sus concellers dábanla renombre,
sus mercaderes le otorgaban honra,
fama y laureles dábanla sus héroes.....
Fué aquella gran ciudad. Fué Barcelona.

Con bien vengais á la ciudad que un día
fué reina de la mar. Aun hoy sus olas
al estrellarse en la arenosa playa
de amor y libertad cántanla trovas.
Con bien, duques, vengais. A vuestro lado
la caridad camina bienhechora,
y os lleva de la mano por el mundo
el ángel de la paz y la concordia.
La pura y santa bendición del pobre
de vosotros va en pós, y Barcelona
al recibirnos hoy hospitalaria,

al festejaros con modesta pompa
 esclama con aquel: "Benditas sean
 las almas que en mision consoladora
 cruzan el mundo, por do quier buscando
 lágrimas que enjugar! Eterna loa
 á los que así practican en la tierra
 la santa caridad del Dios del Gólgota!
 Los que consuelo dan á aquel que sufre,
 los que tienden su mano á aquel que llora,
 los que al pobre dan pan, benditos sean!
 Dios les dé dicha y paz! Dios les dé gloria!"

El dia de Almanzor.

LEYENDA HISTÓRICO-TRADICIONAL ESPAÑOLA.

A D. PEDRO AULET.

Mi buen amigo: al frente de esta leyenda he querido colocar tu nombre; ella será un lazo mas que una tu cariño y el mio; si su mérito es escaso, representa cuando menos el afecto entrañable que te conserva

Juan Bautista Ferrer.

I.

Preparativos.

La noche 5 de julio del año de gracia de 986, los alrededores de Barcelona presentaban un aspecto imponente. Elévanse sobre el llano multitud de tiendas de campaña, coronadas todas por una media luna, y en el mar, venian las olas impulsadas por un ligero leveche á estrellarse en un sinnúmero de navas tambien mahometanas. Unas y otras contenian un crecidísimo y formidable ejército. Era que el gran Muhamat-Ben-Abdalá, hahgib (a) de Hixem II, despues de veinte y dos espediciones á cual mas afortunada habia fijado su codiciosa vista sobre la Marca española; era que alentado Almanzor (b) por sus continuas conquistas y por el terror que su solo nombre infundia á los cristianos, habia vuelto á cubrirse con su jaike de campaña al reverdecer los jardines de Córdoba, desnudando por milésima vez su cimitarra, y ofreciendo el fruto de la futura jornada *al gran Aláh y al miramamolín*, (c) y rápido y aso-

(a) Primer ministro.

(b) *Al Mansur*: nombre que habian dado á Muhamat; significa el victorioso.

(c) Es corrupcion de *emir-al-mumenin*, emir ó gefe de los creyentes.

lador como un rayo, acababa de recorrer desde Murcia á Tarragona las pocas plazas que á los soldados de la cruz quedaban, inflamando el pecho de los suyos en las frecuentes algaras, con el ejemplo de su valor y con algun verso del Koran, en que el profeta les recomendaba fervor y constancia en la *santa empresa* de la guerra contra los infieles. (a)

Adelantando su hueste, habiase encontrado con los enemigos mandados por el esforzado conde de Barcelona Borrell II, que le salia al paso; allí en territorio del Vallés, frente al célebre castillo de Moncada, á dos leguas de la córte, habiase trabado una batalla sangrienta. La fortuna habia sido infausta aquel dia para el anciano conde; perdió la nata y flor de su ejército, arrollado por la impetuosa marcha de *Al Mansur*, el pendon de la cruz, hecho girones, fué pisado por el sectario de la media luna. Allí, tras la fatiga del combate, inútil todo valor, huyeron en desbandado tropel los soldados de Cristo, y Borrell corrió á encerrarse en Barcelona á uña de caballo.

Almanzor adelantó orgulloso por su nueva victoria, y el primero de julio sentó sus reales frente los muros de Barcelona. Pero conociendo, como hábil capitán, que no debe despreciarse la ocasion propicia, y que entonces quedaban los ánimos de los cristianos acobardados por la reciente derrota, les molestó desde luego de una manera enérgica y porfiada, poniendo en movimiento todas las máquinas de batir y aprovechando todos los recursos imaginables.

He aquí suficientemente explicado porque el 5 de julio nos encontramos de buenas á primeras con un ejército sitiador frente la ciudad de los condes.

Todo parecia estar aquella noche en completo reposo en el campamento moro; dijera se que el ejército queria desquitarse de las fatigas que soportaba cuatro dias hacia. El leve susurro de las nocturnas brisas, las olas que á lo lejos oian precipitarse en la playa, el tranquilo y acompasado andar de alguna ronda que recorria el campo, y la voz solemne del centinela que de vez en cuando encarga-

(a) Los que seguian la religion de Mahoma se daban el dictado de *creyentes*; y á los que no seguian su fé *infieles*.

ba vigilancia invocando á Alláh, eran los únicos sonidos, armónicos y elocuentes todos que se levantaban sobre aquel fondo de silencio y de oscuridad.

De oscuridad, decimos, porque la luna, ese astro querido del profeta estaba en su novilunio. Había anochecido sin embargo con el cielo sereno y tachonado de infinitas estrellas, que si no alumbraban, señalaban por lo menos con su carrera el transcurso del tiempo y las horas que tardaría en venir la aurora.

La estrella *Régulo*, resplandeciente, oscilante, anunciaba la media noche. Así lo conoció Hasan, que en aquellos momentos estaba asomado á la puerta de una tienda, sobre la que ondeaba una bandera de color oscuro y que tenía delante dobles centinelas. Con los ojos fijos en el cielo exclamó impaciente:

—La *estrella grande* señala la media noche. ¡Cuanto tarda mi amo! Hace dos horas por lo menos que Al Mansur le tiene congregado con los demás jeques, y parece imposible que no esté de vuelta.

Hizo una ligera pausa al monólogo que había pronunciado con voz casi imperceptible, y volvió exclamar:

—Si le hubiera sucedido alguna desgracia!... Dicen que hay espías por el campo, y que el conde de esos perros cristianos trata de deshacerse de los buenos adalides á cualquier trance. Oh! (continuó con voz reconcentrada), que Ysrafil (a) no lo permita; si traidoramente hicieran daño á mi amo la vida del pobre Hasan se apagaría como se estingue sin aire la luz; pero por el justo entre los justos que antes le habría de vengar.

Retiróse á lo interior de la tienda, arrodillóse de cara al oriente y rezó la oración de la *alaja* (b).

Entonces la luz de la lámpara dejó ver al joven de 25 años, tipo no degenerado de la raza africana. Un rostro moreno, curtido por la intemperie, sobre el que se delineaban facciones proporcionadas pero varoniles y muy

(a) Según las doctrinas del Koran, Ysrafil es entre todos los ángeles el que tiene más dulce acento, y su canto regalará el oído de los que vayan al paraíso. Los árabes juran á veces por Ysrafil.

(b) Es la última de las cinco azalaes ú oraciones diarias de los musulmanes, que tiene lugar ya bien entrada la noche.

pronunciadas; dos ojos negros que le saltaban de las orbitas, nariz perfectamente aguileña, y sobre aquella cabeza un cabello encrespado y negro también como el ébano, revelaban que bajo aquel cuerpo había la fuerza, el arrojo, las pasiones en fin del hijo del Atlas. Aquella cabeza no había sido hecha para cabeza de esclavo; y sin embargo su único amor después de su Dios era el Señor á quien servía.

—Un pobre esclavo no puede penetrar en los misteriosos destinos de los hombres, dijo acabada la oración; pero si me fuera dado obrar según el corazón me dice, me despedía de estos cristianos, plegaba las tiendas y me dirigiría á darles caza á otra parte. El horrible sueño de la noche pasada me hace presagiar alguna desgracia; vi mucho sangre y oí agudos lamentos, y sobre todo, vi llorar á mi amo; á mi amo, que se precia de ser el más empedernido adalid que sigue á Almanzur! ¡A mi amo, que no en vano ostenta en su pabellón el verde estandarte de los fatimistas. Además, la luna no puede protejernos porque está menguada, y sin su ayuda, mucho nos darán que hacer los sitiados, que diz que son valientes, con las fuerzas que les habrá dado la desesperación después de la derrota del otro día. ¡Oh día venturoso aquel! Poder pelear al lado de mi amo, que se las hubo con el mismo Borrell; cubrirle yo de los golpes enemigos, pegado á su cuerpo como su sombra, ver huir á los *rumis*, (a) desparvoridos, y después... descansar bajo el lecho de mi amo, guardándole el sueño de la victoria?... Eso es vivir; eso es ganar alegremente el séptimo cielo.

Sus facciones, ya hermosas, tomaron una nueva hermosura que les prestó el fuego del entusiasmo.

En aquellos momentos entraban en la tienda dos hombres, vestidos ambos con riquísimos trajes árabes. Hasan inclinóse profundamente para saludar al primero, hasta tocar casi al suelo la cabeza, y esperó inmóvil sus mandatos.

Aquellos dos personajes fueron á sentarse

(a) *Rumi*, romano. Llamaban así los moros á los españoles, y en general á todo el que no seguía la ley del Koran.

junto á una mesa á un extremo de la estancia.

Trás estos habia entrado uno que por su sencillo traje y por sus maneras descubria ser su posicion la de siervo. Se fué á colocar al lado de Hasan.

—¿Quién lo dijera, Amet? dijo el mas jóven de los caballeros; escapárenos del nido el viejo Borrell, y pasar de noche nada menos que entre nuestras naves! Estarian durmiendo los vigías; por mas oscura que esté la noche, ¿se atraviesa tan fácilmente una flota enemiga?

—Amigo Ubecar, repuso el otro, es noticia que la pongo en duda; será voz que hacen correr esos hijos de Cristo por alguna trama que tal vez estan concertando.

—Las últimas noticias aseguran que está reuniendo un nuevo ejército en lo interior de sus tierras.

—Las últimas noticias pueden ser falsas.

—Los confidentes de nuestro habgib son diligentes y nunca se equivocan.

—Un mensaje á veces se compra.

—Estás hoy intratable; Amet-ben-Abuidaihan, bien se conoce que anduvistes rehacio en el consejo cuando se trató de dar el asalto; la fuga de Borrell puede ser falsa, dijistes, y si su presencia anima á los barceloneses, asaltar tan pronto la ciudad es plan mas que arrojado, temerario; ¿porqué tanta oposicion, tú que gozas fama de intrépido guerrero, y que nunca cejastes en el combate?

—Amigo Ubecar-ben-Almohabar, estás hoy insufrible con tu ardorosa inesperienza; arrojo, ardimiento propio de tu edad y tu carácter.

—Ha prevalecido sin embargo mi opinion en el consejo, y mañana cuando el sol alumbré el adarve del sitiado, en sus torres ondeará el victorioso pendon de Al-Mansur.

—Ha prevaleido tu opinion; pero no quiera Aláh que cuando el sol alumbré el adarve enemigo rueden nuestros pendones arrollados por la desesperacion cristiana.

Al pronunciar estas palabras Amet-ben-Abuidaihan apoyó el codo sobre la mesa y la cabeza sobre la palma de la mano, guardando un reflexivo silencio. Sus facciones tomaron un tinte abatido y sombrío.

Era un hombre de gallardo continente y de apuesta figura á pesar de que contaba ya unos

treinta y cinco años: sus facciones todas eran duras y severas, y el vago mirar de sus ojos anunciaba algun sinsabor que debia contrariar, atormentandole, aquel carácter inflexible y audaz.

Sobre la marlota enteramente negra con recamados de plata, vestia un capellar de riquísima tela; pendia de su cinto un alfaúje de empuñadura dorada bordada de rubies, y completaba esta ligera vestimenta un ancho turbante blanco y rojo coronado de una pluma mas negra que la del cuervo.

Su compañero que contaria unos veinte y cinco años revelaba un carácter mas turbulento, menos reservado y menos tenaz; tenia mas de impetuoso y menos de profundo; poseia mas corazón y menos cabeza. Su traje era mucho mas sencillo que el de Amet-ben-Abuidaihan.

—Estas triste, Amet, dijo Ubecar, y por Dios que no tolero tu reserva. Ocho años de pelear á tu lado bien valen la confianza para que puedas depositar en mi pecho tus pesares.

—¿Pesares dices? repuso Amet con acento concentrado; ¿no soy el fiero, el empedernido Amet-ben-Abuidaihan? Mañana se dá el asalto contra mi parecer, y ya sabes que oponerse á mis intentos es enojarme.

—No, valeroso Amet; con el tiempo que peleo á tus órdenes puedo conocerte. Nunca te habia visto tan sombrío despues de haber salido de la algara con prez. Para tí corren negras las horas.

—La sangre de mañana alegrará mi semblante.

—Si, si. Mañana hemos de humillar al *rumi*, y sobre todo hemos de apoderarnos de sus hermosas mugeres. Demasiado agraciadas son para ser infieles. Que el profeta no permita que se nos escapen. Yá lo vistes, Amet; por el punto que nos toca atacar hay un depósito de virjenes á cual mas bella. Se goza tanto despues de pisar craneos contemplando á una virjen desmayada en nuestros brazos! Mahoma nos prometa setenta y dos huris para despues del dia de prueba; ya que no huris, esas doncellas cristianas pueden cuando menos ayudarnos á soportar la fatiga de la peregrinacion mientras ganamos el paraíso.

(Se continuará.)

Juan Bautista Ferrer.

DE LA CUNA AL ATAHUD.

En la mansión de los muertos. El 1.º de noviembre.

Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos,
y allegamos
al tiempo que fenecemos;
así que, cuando morimos,
descansamos.

Jorge Manrique.

Abrid paso al peregrino

Que cruzando extraño suelo,

En busca vá de consuelo

Á su angustia pertinaz.

Dejad que sobre esas moles

Que álzanse entre la maleza,

Hoy recline su cabeza

Y aspire el aura de paz.

Abrumado de fatiga

Y ensangrentada su planta,

Ahógase en su garganta

Un suspiro de aflicción.

Y fija en Dios la mirada

Que retrata su quebranto,

Eleva al cielo con llanto

Embebida, su oración.

¿Qué rudo pesar acosa

Al mísero viajero?

¿Qué dolor agudo y fiero

Le oprime en la soledad?

¡Ah! en su rostro se descubre,

Por las huellas que presenta,

Que es la sombra macilenta

De la triste Humanidad.

La humanidad que anhelante

Al soñar con sus quimeras,

Hoy halla mas lisonjeras

Las brisas de esta mansión.

Que viene, de sufrir harta,

A respirar este ambiente,

Bálsamo para el que siente

Lacerado el corazón.

Sí, ambulantes, peregrinos

Vamos, sin saber adonde,

Tras el secreto que esconde

La historia del existir.

Que es dudoso, por el caos,

Do nuestro ser se derrumba,

Si la vida está en la tumba

Ó la muerte en el vivir.

En dédalo tenebroso

Nuestra razón se confunde,

Al ver cuán rápida se hunde

La infancia en la senectud.

Que al vagar por los breñales

Del páramo de la vida,

No dá el tiempo la medida

De la cuna al atahud.

Y rodando presurosos

Por ese fatal declive

Cuya meta se describe

Con un signo aterrador,

Un día tras otro día

Y un año tras otro año,

Nos trabaja el desengaño

Cual maligno torcedor.

Esmalta con mil primores

Lozana flor la pradera,

Y en lo alto reverbera

Rayo de fulgente sol;

Mas del alma en los tormentos,

Ya no son tan seductores

Ni el aroma de las flores,

Ni la luz del arrebol.

Las espumas que levanta

El mar, y altivas se engrien,

Mansas luego se deslien

De la arena en el calor.

La ilusión no es mas que espuma,

Cuando la dicha se aleja,

Que el mar de la vida deja

En la arena del dolor.

Solo aquí en su zénit brilla

El astro de la esperanza;

La verdad solo se alcanza

De los sepulcros al pié.

Que aunque en lóbrego cendal

Mecido el porvenir gira,

Vé mas lejos el que mira

Con el prisma de la fé.

Dibújase aquí enredor,

Sin que el cuadro nos asombre,

La doble nada del hombre

Desde el feto hasta el hosar.

Y de lágrimas la senda

Que recorre estraviado,

Que es nuestro funesto hado

Llorar y siempre llorar.

Lloramos cuando nacemos,

Lloramos mientras vivimos,

Y al morir nos despedimos

En lacrimosa horfandad.

Y acabado nuestro llanto,
De la tumba ya en el seno,
Excitamos el ageno.....
¡Miserable humanidad!!!

Yo en tanto en las frias losas
Grabaré con embeleso
«Una lágrima y un beso,»
Un suspiro y una prez.

Pobres dones; pero ¡guay
Del instante funerario
Que en los pliegues del sudario
Los reclame yo á mi vez.

Aun mi frente no imprime
Del pecho la calma inerte,
Aun pulso con mano fuerte
Los acordes del laud.

Mas imponente me aterra
Con su horrible indiscrepancia,
La brevisima distancia
De la cuna al atahud.

J. Peyró.

Máximas morales.

Mira que es falso honor tomar las armas
Para vengar agravios en el duelo,
Con que tanto se ultrajan tierra y cielo.

No consiste el honor en ser altivo,
Intolerante, bravo y altanero.
Sino en ser justo, afable y caballero.

La fuente del valor son las virtudes;
Por tanto, el mas resuelto y valeroso
Será siempre el mas justo y virtuoso.

El miedo es de cobardes, vicio infame,
Hijo de la maldad; por consiguiente,
Nunca el que vive mal será valiente.

(Por extracto y lo no firmado.)

F. Zappino.

Crónica teatral

El dia primero de ferias se abrió al público el nuevo Teatro del Odeon.

La concurrencia que asistió á la inauguracion aunque escogida, no fué muy numerosa.

El Coliseo ha quedado con una forma elegante y sencilla.

Solo notamos que faltaba luz, pero á la siguiente noche se corrigió este defecto, aunque no del todo, ni con el mayor acierto.

Las decoraciones, especialmente el telon de boca, tienen buen gusto y dan á conocer que los Sres. Tenas y Girbal poseen la pintura de perspectiva.

En la primera funcion se puso en escena la comedia titulada: *Gerónimo el albañil* y la pieza de *potencia á potencia*, en cuya ejecucion se distinguió el Sr. Lugar haciéndose aplaudir del público.

Púsose en escena el viernes, el drama original *Juicios de Dios*, ya conocido del público.

Distinguiéronse en su ejecucion los Sres. Lugar y Ortega, especialmente en el tercer acto. Con la comedia *Por no explicarse*, dió fin la segunda funcion; mucho nos agradaron en ella todos los que tomaron parte, particularmente el Sr. Lugar, que fué estrepitosamente aplaudido obligándole el público á salir á la escena.

La concurrencia mas escasa que el primer día: (*malorum.*)

Mucho, nos gusta el Sr. Lugar, es un verdadero artista.

Mucha es su naturalidad y maestria, no dudando que á su lado procurarán corregir alguno de sus defectos, alguno de la compañía.

Respeto á los demas que componen la seccion no podemos juzgarles por estar todos trabajando fuera de su cuerda; esperamos por lo tanto la llegada de la primera dama, para dar á cada uno lo que justamente merezca. El Sr. Balestroni nos gusta, dice el verso con suma bravura y entusiasmo.

En los intermedios la orquesta bajo la direccion del entusiasta Sr. Bertran, tocó en ambas noches piezas escogidas de las mejoras óperas de Verdi, y una bonita coleccion de polkas y walses con que sabe entretener al público. Solo diremos, con perdon de los inteligentes, que se nos figura faltan trompas.

Esto no es criticar ni poner peros, es manifestar nuestra franca opinion.

Dejaremos esto para otro dia en que como *criticos* criticaremos algo; por hoy está todo criticado, En cada cosa hay algo que criticar.

F. Cascante.

Director D. FRANCISCO P. VARELA.

Editor responsable D. Manuel Galvez.

Gerona: Imprenta de Dorca sucesor de Grases, plaza de la Constitucion núm. 12.—1857.